

Madrid, 20 de Octubre de 1997

Excelentísimo Sr. Arzobispo :

No se como empezar. En primer lugar me presentaré: Soy Jorge, un seminarista de su diócesis que actualmente cursa segundo de teología en el seminario. Me he animado a escribirle alentado por mi director espiritual (Enrique González) y por mi formador (Jesús Arribas), que me comentaron que a usted le podría interesar la historia y evolución de mi enfermedad. Si le sirve de algo pues bendito sea Dios.

Todo empezó al poco de entrar por primera vez al seminario, en 1990. Primero fue diplopia (vista doble), luego problemas de coordinación, y finalmente un deterioro general (vista, movimiento, voz...) que hizo imposible mi permanencia en el proceso de formación. En conclusión tuve que interrumpir y volver a casa de mis padres. En Junio de 1993 vino el Santo Padre a inaugurar la Almudena y alguien en esta santa casa tuvo la genial idea de invitarme a asistir al acto.

Me trajo mi hermano en silla de ruedas al acto y, igual que al Señor le presentaron un paralítico para que lo curara y El hizo el milagro, el Santo Padre al verme y llegar a mi altura, con el amor que le caracteriza por los enfermos, me bendijo y, según el rector dijo una pequeña oración. Yo no oí nada, no vi al fotógrafo, no me enteré prácticamente de nada. Por gracia divina acerté a cogerle la mano para besársela. Y en ese momento no pasó nada.

Pero las inmensas gracias que Dios había pensado derramar sobre mi estaban por llegar. Ciertamente no fue una curación inmediata (demasiado visible), pero lo cierto es que de no poder leer nada a los quince días leí mi primer libro (un cuento de 150 páginas). Pero a esta mejoría anímica se une otra mucho más importante (a mi entender). Con la posibilidad de volver a leer reinicié el rezo de la Liturgia de las Horas, la meditación del Evangelio y algo (poco, sin duda) de lectura espiritual. Y mi vida interior creo que empezó a crecer. Hasta entonces se había limitado a la Eucaristía, la celebración del sacramento de la Reconciliación y el rezo del Santo Rosario. Oh! maravillosa plegaria., concebida para los niños y los humildes Es mi oración predilecta, guarda fiel de mi vocación, de mi entrega a Dios y de mi vida como cristiano.

En Septiembre de 1993 estaba de nuevo en la Universidad Autónoma estudiando por tutorías. Al año siguiente ya tenía autonomía para ir a clase. Y a los tres años he vuelto al seminario. Los médicos, escépticos, como no podía ser menos, sólo aciertan a decir: “Mejoras, ah que bien. No conocemos la causa desencadenante de la enfermedad y por tanto no podemos predecir su evolución”. No contemplan la posibilidad de un milagro, ni de una intervención que se les escapa. Y no les ha importado tener catalogada esta enfermedad en los libros (según me han dicho, que no he hecho el esfuerzo de ir a buscarlo) como incurable, irreversible, degenerativa y progresiva.

Un gran descubrimiento durante mis años de enfermedad fue la vida del beato Rafael Arnaiz Barón, y con él la Trapa de San Isidoro de Dueñas, en Palencia, lugar que su corazón deseaba. En aquel tiempo la vivencia de su enfermedad y sus continuas idas y venidas del Monasterio fueron de gran ayuda para mí. Fue importante en mi vida la lectura (más que meditación) de la “Salvifici doloris” (me hicieron bien frases como “El misterio de la Redención del mundo esta arraigado en el sufrimiento” o “suplo en mi carne lo que le falta a los padecimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia”). También de la mano de Enrique he aprendido a verme reflejado en los salmos (“Nuestro Dios todo lo que quiere lo hace”. “El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”, “Si el Señor no construye la casa en vano se cansan los albañiles”...), en San Francisco, en Charles de Foucauld...

En mi vida, entregada desde hace años a Dios, ha sido clave la manifestación de la suavidad, ternura y delicadeza que Dios me ha dispensado a través de mi familia, de la parroquia, de los sacerdotes y obispos que Dios ha puesto en mi camino (no tengo por menos que acordarme de Monseñor Suquía que, con su permiso, siempre será mi obispo) y en especial de los grupos de jóvenes a los que he pertenecido. Y es que “no es bueno que el hombre esté solo”, y menos que nunca en la juventud, donde es tan importante para el crecimiento personal el contar con amigos y gente a tu alrededor. Si tuviera que destacar entre todos los que me han apoyado, diría dos: el cariño que siempre me han manifestado en el seminario y el amor de mi familia, en especial de mi madre, “verdadero baluarte donde ponerme a salvo”. Y no quiero olvidar para terminar con el apartado de acciones de gracias a la acción de Dios a través del Santo Padre que, como es lógico avivó mi amor a la Iglesia y la protección de Nuestra Señora, como ya he comentado antes.

Es una autentica locura de amor saber que, aunque para el mundo era un pobre muchacho que no podía llegar al sacerdocio (al menos en aquel momento; ahora, Dios dirá) para Dios soy "su Jorge", que me ama con un amor infinito, que

me conoce, sabe quien soy, que "ve en lo escondido" de mi corazón... y a pesar de ese conocimiento que Dios tiene de mi, me ama (y con un amor de Cruz). ¡Qué grande es Dios!

No quiero entretenerle más. Que sepa, eso si, que ahora mi único deseo es recibir de sus manos (si Dios así lo dispone) el sacramento del Orden y que nuestras oraciones y nuestro corazón están con usted, monseñor. Con sincero cariño y respeto de su humilde seminarista :

Fdo. Jorge Fernández